

salud, quitábanle de consuno el imperio moral con que otros mas afortunados subyugan á las muchedumbres. A últimos del mes de setiembre presentóse al Consejo. De primera intencion, propúsose recordar el injusto destierro y justificarse ante sus antiguos jueces de las acusaciones lanzadas á él y á sus compañeros. Pero las muestras de sincero entusiasmo estallaron á su vista con tal estruendo, las palabras de profundo cariño le siguieron con tal fidelidad, que, recordando aquellas tristezas borradas por el tiempo y por el arrepentimiento, hubiera dado á sus frases, aunque las escogiera dulcísimas, vislumbres siniestros de rencor y de venganza. Así, redujose la presentacion á una protesta firme de su empeño en servir á Ginebra elevado á una obligacion de su existencia, y al voto de gracias dado por el Consejo á las ciudades que habian movido y preparado aquella definitiva reconciliacion.

Su instalacion tomó el carácter de sus resoluciones, el carácter de quien desea pasar la vida y aguardar la muerte en sitio escogido con deliberacion por el propio albedrío. Ginebra le dió un carro y dos caballos para que trajese á su seno, familia, ajuar y menaje; le dotó con una renta que valdria unos diez y seis mil reales de hoy; le señaló varias medidas de vino y trigo; le compró paño y pieles para vestirse. Calvino, desde los primeros instantes de su reinstalacion, pugnó por corresponder á tanto afecto y convertir en frutos sazonados las flores de aquellas esperanzas. Pidió á Dios de rodillas su gracia para que le auxiliara en el empeño de procurar el bien universal, no sin decir de antemano, que mucho podía y valia su propia voluntad. Las dificultades alzábanse á su paso como encrespadas olas y los vientos contrarios le azotaban por todas partes. No se satisfacía con la verdad abstracta y dogmática y pura, queria mezclarla en la masa de los hechos corrientes, de las costumbres públicas, de la vida real para que fuese como el pan y el alimento de todos los dias. Teólogo, canonista; reformador religioso, no le bastaban ninguno de todos estos grandes caracteres, deseaba completarlos con una especie de gobierno, que sin dejar de ser espiritual, fuese coercitivo, á fin de que las ideas nuevas penetraran á una en las leyes de la vida individual y en las leyes de la complicada sociedad.

## CAPITULO VIII

OBRA DE ORGANIZACION

No se dió el reformador mucho tiempo de reposo. Apenas llegado á la ciudad, formuló el pensamiento meditado tantas veces allá en sus soledades y retiros y estudios de Alemania. La causa primera del disentimiento con Ginebra estribó en que una ciudad, republicana y democrática por su naturaleza y por sus instituciones, atribuia los justos mandamientos de Calvino á voluntariedades ingénitas al genio, por lo mismo que no estaban escritas en ningun código, ni sujetas á ninguna ley consentida y sancionada por el pueblo. Estas sociedades democráticas y republicanas solamente obedecen á las leyes á que se creen obligadas de antemano por su propio voto y consentimiento. Si las disposiciones religiosas, morales y políticas de Calvino se alzaban á leyes discutidas y votadas por todos y para todos obligatorias, con tal de asentir previamente á ellas así el Consejo ejecutivo de la ciudad y el Consejo legislativo de los doscientos como el Consejo universal de todos los ciudadanos; si entraban, por virtud de tales consagraciones, á formar parte de la legislacion general de aquella democracia, quedaba el pueblo por esta serie de actos consecutivos obligado moral y materialmente á la obediencia, sin que pudiese volverse contra el legislador, cuando era el mismo, su voluntad, su pensamiento, su soberanía. Calvino ideaba una teocracia, es decir, una manera de gobierno, en la cual la religion lo llenara todo, cielo y tierra, como todo lo llena el Creador con su aliento y todo lo dirige con su Providencia. La teocracia, pues, y la teocracia pura, expresaba la entraña de su pensamiento.

Casi todos los defensores de Calvino le defienden de tal juicio y declaran



que no puede tacharse de teocrática su obra, puesto que si la dirigía él religiosamente, la realizaban magistrados civiles y laicos. En esta defensa obsérvese una completa ignorancia de lo que debe llamarse teocracia en la historia natural de las formas de gobierno. La teocracia es la religion gobernando, ya por medio del clero, ya por medio del pueblo, ya por medio del monarca. Una ciudad, que imponía la fe por la fuerza; que formulaba los códigos de moral como pudiera formular los códigos civiles políticos y penales; que tachaba de crímenes los pecados y perseguía con el hierro y el fuego los errores; que trazaba en rescriptos las ceremonias eclesiásticas y disponía y numeraba las veces que debían tomar la comunión los fieles; una ciudad embargada por completo de las cuestiones teológicas, debe llamarse y se llamará eternamente, una ciudad teocrática. El gran Calvino tenía demasiado genio para coger y arrogarse materialmente las altas prerrogativas del Estado, que de seguro le embarazarán mucho, sin facilitarle gran cosa la ejecución de su pensamiento; y pensaba, escribía, predicaba; veíasele distintamente aquí aparecer en persona y allí en impalpable influjo moral, gracias á su enseñanza; pero estaba presente á un mismo tiempo en todas partes, como una especie de Dios, con la presencia moral de sus ideas, en las cuales iba encerrada la sustancia esencialísima de su propio espíritu. Los que defienden á Ginebra de la tacha de teocrática en tiempo de Calvino, observan la omnipotencia conseguida en aquel estrecho recinto por la civil autoridad del gobierno republicano. No la negamos, pero tampoco deben ellos negarnos á nosotros la omnipotencia moral, ejercida por el pensamiento y por la voluntad de Calvino sobre los Consejos, las corporaciones, el pueblo entero, la República.

El reformador nunca ocultó su pensamiento. Siempre dijo que deseaba establecer el reinado de Dios sobre la tierra. Con vocaciones sobrenaturales, que le revelaron desde los comienzos de su existencia el ministerio reservado en el mundo á su persona y á su vida, llevó con tenacidad el doble trabajo de formular la idea nueva, y después de formulada, cumplirla, y para cumplirla, organizarla fuertemente. Jurisconsulto y teólogo, en la teología encontró las ideas madres, esenciales, motoras de su obra; y en la jurisprudencia encontró la forma de que revestirla, el organismo que darle, todos los medios de ha-

cerla práctica y tangible. En pocos hombres del mundo se han unido como en él, á la riqueza del pensamiento los vigores de la voluntad; y al saber teórico y científico el sentido comun y práctico. En el diluvio de ideas, que inundaba entonces la conciencia humana su libro de «La Institucion» escrito á los veintiun años, resumè toda la nueva doctrina y la formula con claridad y la expone con riguroso método. Llegado á su hora cumple el fin providencial é histórico á que le llaman las necesidades múltiples de su sociedad y de su tiempo con el rigor fatal de verdadera máquina. Las pasiones, que suelen apoderarse de los sentimientos afectivos en hombres de su temple, no le distraen ni un punto: mira sus amigos como colaboradores y copartícipes de su obra, mira su mujer como enfermera. Y cuando el unigénito de su matrimonio se le muere, á los cuatro años de edad, consuélase bien pronto, acordándose de cómo su Iglesia y su religion le ofrecen millares de hijos. Pues la incertidumbre de los primeros y mas ilustres reformadores tampoco llega, ni de lejos, á las inaccesibles alturas de su alma. Nada en él de los combates interiores y de las angustias supremas que agitaron el tempestuoso espíritu de Lutero, volcan de luz y llamas, de resplandores eternos y de miserables escorias; nada del escepticismo frio, con que iba Erasmo contemplando el paso de las diversas ideas como puede contemplar un naturalista el paso de las aves, tranquilo en su hogar; nada tampoco de los mil tropiezos que su debilidad y su dulzura procuraron al tierno y afectuoso Melancton; menos aun de la inquietud nerviosísima con que solía Zuinglio, cura, héroe, mártir, entregarse al combate, olvidado por completo de sí mismo; el reformador ginebrino ve las ideas con la claridad de un filósofo y las cumple con el rigor de un estadista.

Hé ahí su gran mérito. El sol ilumina y calienta nuestro sistema planetario, porque reúne y concentra en torno de su núcleo la luz difusa en el éter infinito, mandando sobre nosotros, los míseros hijos de los planetas frios, á torrentes, el calor, la electricidad, la vida, los colores, el magnetismo. Calvino comprendió que las Iglesias protestantes, por el mundo esparcidas, necesitaban de un sol, en torno de cuyo centro pudieran girar, y recibir la luz, el calor, la vida. Las ciudades mayores de la historia pueden llamarse como soles de ideas, en el sentido humano de que atraen, condensan, guardan y luego irradian y difunden artes, pensamientos, dogmas, sistemas, los varios matices



del prisma intelectual, que conducen á los pueblos y á las generaciones por el mundo como la columna encendida por Jehová guiaba con sus resplandores á los israelitas en las noches oscuras del desierto. Como Jerusalem difunde por el planeta la unidad de Dios; como Atenas la inspiracion del arte; como Alejandria las síntesis científicas; como Córdoba los primeros albores del Renacimiento intelectual en la Edad media; como Florencia la nueva forma estética y la nueva idea científica; como Paris el sentido universal de la Europa moderna; como Lóndres el Parlamento; como Witemberg la conciencia libre, Ginebra esparce el Cristianismo republicano y democrático encerrado en las páginas divinas del Evangelio. Esa religion, alma del alma de Cristo, presentida por San Francisco, soñada por Savonarola, entrevista por Zuñglio, puesta en cánones vigorosos por Calvino, forja la Suiza intelectual y moral que todos admiramos; suscita la Holanda republicana, vencedora del Nabucodonosor de la reaccion europea; educa la Escocia libre, produciendo su puritanismo democrático, y trasciende mas allá de los mares al seno de la virgen América, erigiendo con su espíritu allí una pasmosa República.

No hay que equivocarse; todas estas grandes obras necesitan un hombre de autoridad incontestable, cuya energía venza los obstáculos y eche los fundamentos de las nuevas sociedades y de las nuevas ideas en horrible conflicto con todas las fuerzas organizadas de la reaccion que naturalmente las defienden. El Cristianismo se quedara como los ebionitas, ó cualquier otra secta de los judíos, á la sombra del patrio techo, á la sombra de la Sinagoga; si San Pablo, en lucha constante con los cristianos hebraicos, en lucha con Santiago y Pedro, no hubiera, recogiendo la sublime protesta del primer mártir, de San Estéban, abierto de par en par las puertas del nuevo templo á todos los hombres sin preguntarles, ni por la religion que dejaban ni por el origen y por la raza de donde procedian. Hay en todos estos grandes organizadores de ideas nuevas la misma voluntad firme, imperiosa, arrogante, la cual suele tomar los aspectos del despotismo, y convertirse, por razon de la tenacidad de su violencia, como en una fuerza de la naturaleza. Antes de Calvino registra la historia un hombre de tal temple, Gregorio VII; y despues de Calvino, otro hombre de tal temple, Maximiliano Robespierre. Sin el primero, no se hubiese, contra el feudalismo y su jefe el emperador feudal, organizado la

teocracia católica, que desde fines del siglo undécimo hasta mediados del siglo décimotercio inició la educacion de Europa; sin el segundo no se hubiese, contra el Catolicismo romano y el Protestantismo realista y ducal, organizado esa gran revolucion religiosa, motor y flúido principal del espíritu moderno; sin el tercero no se hubiera, contra la coalicion general de los reyes y de los Papas, organizado esa República francesa en la cual se hallan escritos con caracteres de fuego los imprescriptibles derechos del humano linaje.

No debemos desconocerlo. Todas estas obras progresivas exigen una gran fuerza de autoridad en sus comienzos y una organizacion robustísima. La imperfeccion acompaña, por una ley natural incontrastable, los comienzos y nacimientos de los séres y de las ideas. Toda infancia física, natural, moral, intelectual, social, exige una cuidadosa y á veces despótica tutela. Nacen las instituciones en la sociedad, como los séres en la Naturaleza, rodeadas de asechanzas y de enemigos. Las mismas fuerzas, que las han producido, se conjuran para devorarlas y consumirlas. La cuna tropieza fácilmente con el ataúd; y esa mariposa, que se llama la infancia, desaparece, con su ligereza natural, entre los dedos de la muerte. Segura de todo esto, la reproduccion, esa fuerza creadora de las especies, pone soberanos instintos de defensa en las madres para preservar sus crias. Acometed la madriguera, el nido, y vereis, desde las fieras mas feroces hasta las aves mas canoras y aladas, enfurecerse y defender con todos sus medios á sus perseguidos hijuelos. Así, las almas de los predestinados á covar las ideas como la gallina los huevos, celan, atisban cuanto al rededor suyo pasa, cuidadosas de los próximos polluelos. El alma de Calvino abrigaba la idea capital del Protestantismo; y como abrigaba la idea capital del Protestantismo, la defendia con furia maternal de todos sus numerosos enemigos. Así, él definió la idea con su claro talento en «La Institucion Cristiana;» él la comentó en mas de dos mil sermones; él la impuso á una democracia tan alterada como la democracia ginebrina; él convirtió, para su defensa y servicio, el gobierno republicano de Ginebra, en una verdadera teocracia; él escribió códigos y dictó leyes y tomó disposiciones en pro de la fecundante con la ciencia de un legislador consumado y la voluntad de un experto estadista, pues por igual en su persona se unian, ¡milagro de la Naturaleza! el vigor de la accion y el éter de la idea.